

mi amor, así, como á mí no ha querido arrebatarme tu querida existencia. Amor mio, recobra tu perdida alegría, porque de hoy mas, no habrá poder en el mundo que logre separarnos..... Mira á tu Inés, soy tu esposa querida, la que tú amas con tanto delirio; mírame, tócame, vivo, vivo lo mismo que tú, vivo solo para amarte y para que pueda mi amor hacer otra vez tu felicidad..... ¡Ponce, Ponce mio, reconóceme, abrázame, y pueda yo en tus brazos verter las lágrimas que la felicidad me hace derramar en este momento!.....

Imposible nos sería describir el repentino cambio que se operó en la alucinada imaginación de Ponce de Leon. Pálido y estático, estuvo contemplando á Inés primero. Sus ojos inmóviles en sus órbitas, estaban fijos en ella, y como si despertase de un penoso ensueño y abriese sus ojos á la luz, se pasó sus convulsas manos por ellos, y con anhelosa y fatigada respiración, se arrojó en los brazos de la que el había creído una sombra, rompiendo á llorar copiosamente. Aquel llanto benéfico, disipó las densas nieblas de su entendimiento. Despojada su razón del oscuro velo que la circundaba, fué recobrando la calma al lado de Inés. Supo por ésta lo que había ocurrido, y ambos determinaron continuar en el mismo estado, y no hacer partícipe á nadie de su felicidad hasta poder enterar al rey de todo. Inés alegre y feliz, se separó de su esposo, quedando en volver á verle al mismo sitio á la tarde siguiente.

A partir de aquel día, Ponce de Leon se mostró mas resignado, y su calma de buen augurio, fué observada por los médicos, y participado por éstos al rey. Al saber Alonso tan agradable nueva, determinó ver á su favorito, y partió en seguida para Vista-Alegre.

El rey vió á su ministro, y le encontró mucho mas mejorado: preguntóle la causa de su trastorno, y Ponce le suplicó que le perdonase el que por el momento no satisficiera su curiosidad. Aquella misma tarde paseándose Alonso con Ponce por el jardín, se presentó de nuevo la linda aldeana, que se echó en seguida á los piés del rey, imitándola Ponce. Ambos le suplicaron su perdón, y le contaron detalladamente cuanto había ocurrido por la venganza de su hermana, concluyendo por pedirle su protección.

Vivamente conmovido Alonso por las pruebas de tan acendrado amor, ofreció todo su apoyo á los jóvenes esposos, exigiéndoles únicamente el mayor secreto, hasta que estuviese celebrado el matrimonio de su hermana, con el rey de Castilla, que no podía ya diferirse mas.

Ponce volvió á la corte á ocupar de nuevo su posición y desempeñar su cargo al lado del rey, recompensando la fidelidad y el amor de su escudero Guillen, que tan digno era de recompensa, el que armado caballero por su señor, provocó á un combate al desalmado capitán, y tuvo el placer de purgar á la tierra de semejante monstruo.

Dona María de Aragon, tuvo que acceder á su union con el rey don Juan II de Castilla, que se celebró en Medina del Campo el 21 de octubre de 1418. Ponce de Leon, encargado por Alonso V de acompañar á la infanta, hasta dejarla en poder de su esposo, asistió á la ceremonia de su matrimonio como representante del rey de Aragon. Terminado esto, cuando los ojos de doña María, ya reina de Castilla, se fijaron en los del hombre que tanto había amado, dos lágrimas brillantes se desprendieron de ellos, y corrieron por sus nacaradas mejillas. Nadie las atribuyó á su verdadera

causa: Juan II ébrio de placer, las creyó hijas de la emoción que le causara á su hermosa prima, el verse sentada con él en el trono de Castilla. Solo Ponce de Leon podía comprender la amargura de aquel llanto; pero su corazón estaba completamente lleno por el amor de Inés, y no lo apreciaba en lo que debía.

Vuelto otra vez á Zaragoza, pudo ratificar su casamiento con Inés delante de toda la corte, y recibir del rey la carta de sucesión como conde de Monteagudo, que le correspondía por su esposa. Desde entonces se le pierde de vista en las crónicas y anales de aquel reino, pero de los apuntes que hemos sacado de viejos manuscritos, que nos han servido para escribir esta desaliñada leyenda, se desprende, que los condes de Monteagudo vivieron felices, amándose siempre y legando á sus descendientes, á mas de su antigua y esclarecida nobleza, y de la fidelidad que habían guardado á sus soberanos, un ejemplo de constancia y de amor, que ha hecho de estos dos enamorados esposos, unos segundos amantes de Teruel.

SALVADOR MARIA DE FABREGUES.

## LA SEÑORITA DE LAUNAY, O LA JOVEN POBRE.

(Conclusion).

### III.

Nicolás de Malezieu, especie de gran señor, era en la Academia francesa, uno de los individuos considerados, y en el palacio de los duques de Maine, algo menos que un amigo y mucho mas que un subalterno. Era aquí el hombre indispensable. Comunicaba el ejemplo y la vida á aquella brillante corte, donde todos los descontentos hallaban acogida fácil, con tal que fuesen personas de mérito y de instrucción. Los hombres se aconsejaban con Mr. de Malezieu, cuando se trataba de alguna excelente obra de ingenio; era consultado respecto á los edificios, los jardines, el teatro, y adorno de los salones. Su buen gusto, tenía autoridad hasta en los atavíos y compostura de la duquesa de Maine. Generalmente se decía: *el maestro lo ha dicho*, al punto que Mr. de Malezieu, daba su fallo en una discusión. Era el canal de todas las gracias, el consejero íntimo, y la voz sin apelación. Y como afortunadamente era persona recta y benévola, afable con muchos, y accesible á todos, cada cual hallaba que semejante yugo era ligero, y lo aceptaba porque era justo. Anádase que por sí mismo era rico, y que para nada necesitaba los beneficios y gracias de los duques de Maine; pero Dios sabe si estos eran gustosos con semejante independencia que nada les costaba. En mantener su orgullo, habían gastado los duques mucha mayor cantidad de dinero, de la que correspondía aun á príncipes de la sangre real, principalmente despues que el rey había fallecido; mas al fin, tuvieron que penetrarse de que el tesoro de Francia, agotado á causa de las prodigalidades del último reinado, no estaba abierto en lo sucesivo, para los que La Bruyere llamaba *los hijos de los dioses*. Mr. de Malezieu, vivía en medio del parque de Sceaux, en una linda casa que había arreglado á su gusto, y aquí fué donde recibió á la señorita de Lau-



nay por entre una grandísima muchedumbre que ocupaba sus antecámaras. Al principio prestó muy corta atención á la desconocida, y el nombre de la duquesa de Noailles, no fué desde luego una recomendacion omnipotente; pues esos Noailles, los reyes de la corte de Luis XIV, habian perdido estrañamente su crédito, desde que Mad. de Maintenon se hubo retirado á Saint-Cyr; pero pasado este mal impulso, que Mr. de Malezieu sintió en lo íntimo de su alma, y hallándose apoyada su buena voluntad, con los méritos y hermosos ojos de la señorita de Launay, le dice:

—Sea vd. bien venida, luego la presentaré á la señora duquesa de Maine, y confío algo en que por consideracion mia, le será á vd. propicia. S. A. gusta rodearse de personas entendidas y jóvenes, y el aire de vd. le agradará desde luego. Sin embargo, sea vd. fuerte y animosa, porque no se trata, señorita, sino de una posicion humilde, y á pesar de todos sus méritos, me temo mucho que nunca

pasará vd. de la antecámara de la princesa. Pero vamos al hecho, añadió, pues con estos príncipes, nunca se sabe si se logrará gran fortuna en veinte y cuatro horas. Inténtelo vd. y cuente conmigo.

Efectivamente, Mr. de Malezieu, autorizado por la duquesa de Maine, tuvo el honor aquella misma noche de presentarle la tímida y trémula señorita de Launay, quien á la verdad tenia gran necesidad de valor; pero su timidez se acrecentó al ver que su protector se doblaba hasta el suelo en presencia de aquella casi reina. Apenas se dignó la princesa dirigir la vista hácia aquella humilde servidora, y entró en sus habitaciones sin espiarle á la jóven el cargo que le correspondia. Mr. de Malezieu, por su parte, comprendió muy bien que presentaba á la duquesa una servidora. He aquí, á esta, confundida en aquel gran edificio, sin un amigo que la apoye ó le dé un buen consejo. En el palacio de Sceaux habia tres mesas; la de los amos, la de los empleados



Los duques de Maine, segun un grabado de la Biblioteca Nacional de Paris.—Dibujo de F. Lix.

y la de los sirvientes. En esta última mesa se sentó la jóven, reprimiéndose para no dejar traslucir la tristeza de su corazón. Una mujer de la guardaropía, tuvo compasion de ella y la animó. Habiéndose informado en seguida, volvió en gran triunfo á anunciar á su nueva compañera, que se hallaba destinada á la persona de la duquesa de Maine, en calidad de tercer doncella de cámara, y que se acostaría en el entresuelo con las doncellas de la princesa. Segun esta anciana de la guardaropía, semejante nueva, era una fortuna inesperada para la recién venida, y á fin de comenzar, habia mandado la duquesa de Maine, que la señorita de Launay le presentase el abanico.

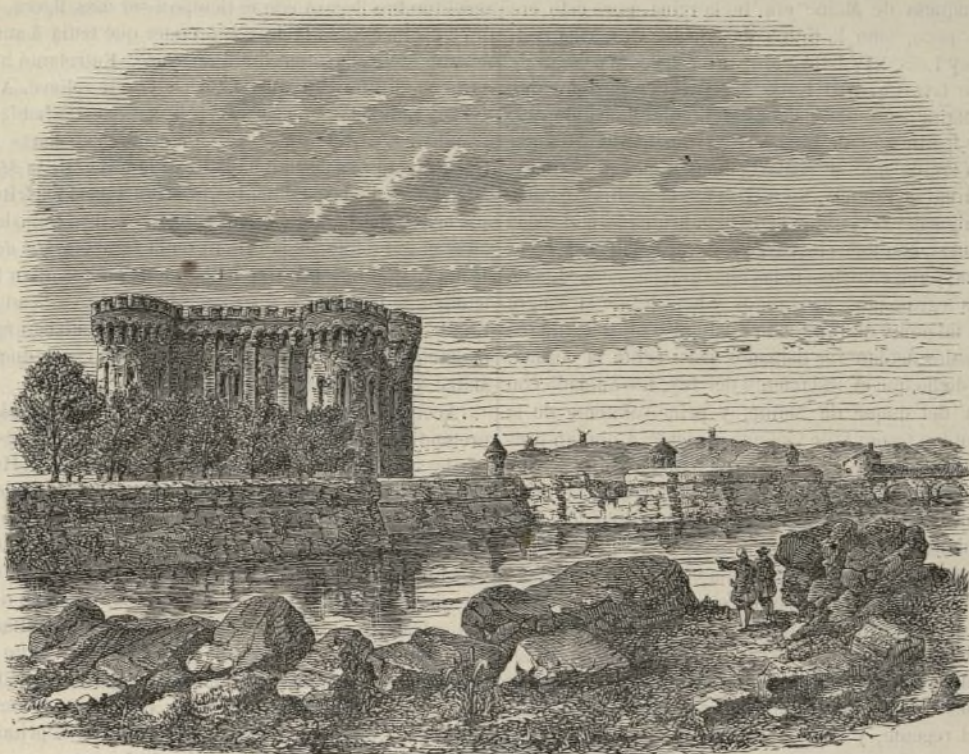
Aquella noche habia gran recibimiento; cien concurrentes de los mas encopetados de la antigua corte: duques, pares y caballeros cruzados, de la órden de Sancti-Espritu, entre los cuales habia algunos de la de San Luis, rodeaban las mesas del juego, siendo el duque de Maine un gran ju-

gador que perdía el oro á manos llenas. El juego causaba en aquella época grandes estragos, en las mejores fortunas; los mas grandes señores jugaban á una carta su renta de un año, las señoras mas distinguidas, cuando su bolsa estaba vacía, no tenían vergüenza de jugar bajo su palabra. El juego tiene tambien de horrible el igualar todas las condiciones. En la mesa donde aquellos grandes señores se entregaban á su frenesí, habia un anciano con un vestido celeste bordado de oro, cuyos botones brillaban como diamantes; sus encajes, su casaca de satén, las medias de seda, y los talones encarnados, indicaban un antiguo marqués de Versalles; mas su descarada actitud y sus grandes gestos, su imperiosa voz y mas alta que de costumbre, denotaban un cómico. Era Baron, el discípulo ingrato, el hijo adoptivo de Moliere. Este Baron, era un cómico de genio; en las horas perdidas, escribía comedias y se ejercitaba con gusto en tirar la espada y en las obras de ingenio. En re-



súmen, jactancioso, jugador, franco, y tomando por lo sério su cetro y su trono. Una noche que jugaba con S. A. R. el príncipe de Contí, dijo:—Cien luises por el príncipe de Contí.—Sea por Germánico, contestó S. A. R.; y Baron fué el único que no comprendió la gracia y delicadeza de esta inútil lección. Por medio de la comedia, se había introducido en las festividades del palacio de Sceaux, y varias veces tuvo el honor de hablar con la duquesa de Maine. En un lado de aquel salon, había sentadas en sillones, dignos del salon de la reina en Versalles, unas veinte señoras muy ataviadas, y á sus lados colocados sobre taburetes, estaban varios poetas y jóvenes caballeros que hablaban con las señoras. En medio del círculo y sobre un sitio, estaba sentada la duquesa de Maine, y en pie junto á ella, un oficial que le

contaba cosas alegres, si ha de juzgarse por las risotadas de la princesa. En aquel instante fué cuando la señorita de Launay, enteramente confusa y turbada con el delicado murmullo que había debajo de aquellos artesonados cubiertos de oro y cargados con pinturas, entró con paso trémulo, llevando en la mano una bandeja de laca en la que estaba puesto el abanico de S. A. Y como en aquel instante la princesa se hallaba atenta al discurso del joven oficial, la señorita de Launay, estuvo esperando que su ama quisiese mirarla á ella; mas ¡oh sorpresa y humillacion! Justamente, el joven que allí estaba, el familiar de la casa de los príncipes, era Mr. de Silly. En todo tiempo había encontrado un protector en el duque de Maine; era oficial de sus guardias, y la princesa gustaba de oírle hablar. Al ver á aquella joven, un momento



La Bastilla en 1778, segun un grabado de la Biblioteca Nacional de Paris.—Dibujo de F. Lix.

antes la amiga íntima de su hermana, á aquella señorita que había vivido en su casa como igual con igual, y reducida actualmente á tan vergonzosa servidumbre, se puso pálido, mientras que el rubor de la vergüenza subía hasta la frente de aquella elegante Elisa. La princesa no vió nada de este pequeño drama, y con escelente ademan dijo al joven:

—Tenga vd. la bondad de darme mi abanico.

Mr. de Silly, cogió la bandeja de la mano de su joven amiga, á quien aparentaba no conocer, y la presentó á la duquesa.

—No, dijo esta, de este modo no; vd. tiene el privilegio y el derecho de tomar el abanico de la bandeja, y ofrecérmelo de mano á mano.

Despues de lo cual la señorita de Launay, se retiró á pasos lentos. Su sacrificio estaba ya consumado.

SEGUNDA SERIE.—1864.

Aquel hermoso y magnifico palacio de Sceaux, no se conoce ya por sus ruinas. Una revolucion, que hizo caer las mas elevadas cabezas, y destruyó los mas suntuosos edificios, ha pasado sin compasion y sin respeto por encima de aquel fastuoso monton de todos los esplendores. Palacio destruido, mármoles destrozados, árboles arrancados, bosquecillos, alamedas, prados, fuentes, kioscos, espaciosos estanques, aguas bajas y saltadores, todos esos milagros del favor y de la fortuna, han desaparecido como un vano polvo. La revolucion ha vencido hasta los plomos sepultados en la tierra; ha vencido las arboledas y convertido en lena las antiguas hayas, donde tantas gracias y hermosuras se habían sentado, conversando con los poetas y con los romanceros acerca de las nuevas comedias y de los bailes de Versalles. Cualquiera que en la actualidad se pasee por aquel espacioso terreno,

AÑO XXII. 35.



muy bien dispuesto para todos los placeres de la vida dichosa, difícilmente podrá reconocer entre aquellas malezas, la creación de Mr. de Colbert, dueño absoluto, no menos que el rey, de las rentas de Francia. En su casa de Sceaux, había acumulado cuanto pudieron inventar respecto á la gran arquitectura, el genio italiano y el francés, y cuando murió, justamente abrumado con el odio público, el mismo hijo de Colbert, el marqués de Seignelay, se encontró mal en medio de aquel lujo insensato. El rey por su parte, adicto siempre al nombre de Colbert, compró el palacio y jardines de Sceaux, que regaló á su hijo, el duque de Maine. Mas de un millón de francos le costó aquel palacio, sin contar los muebles de las habitaciones, ni las estatuas de los jardines. Todos rodeaban con sus adulaciones y miramientos á los dueños de aquellos hermosos sitios, comparables con Trianon. La duquesa de Maine era, no la reina, pues esto era demasiado poco, sino la tirana de aquella casa casi real, donde el rey Luis XIV había ido varias veces á ruegos de su ministro favorito. Ana Luisa Benedicta de Borbon, duquesa de Maine, era nieta del gran Condé, y cuando casó con el hijo legitimado de Luis XIV, y de Mad. de Montespan, había creído que se sentaría cuando menos en un escalon del trono de Francia. Su esposo era el predilecto entre todos los hijos del rey, quien lo había abrumado con todas las dignidades, con todos los cargos, y con todos los favores de la corona; y aun completó todas estas gracias, concediendo á sus hijos legitimados, los rangos y honores de la sangre real, hasta tal punto que viniendo á faltar los hijos legítimos, los legitimados debían ser llamados para ceñir la corona. Ya hemos dicho que el testamento del rey, fué anulado con gran pesar del duque de Maine, y principalmente de la princesa, quien fogosa y de violento carácter, á ningun precio aceptaba semejante pérdida, y por todos los medios aun criminales, intento volver á ganar el terreno perdido. Cuanto mas oculto estaba su furor, mas terrible debía ser el rompimiento.

En aquella ocasion había en París un embajador del rey de España, llamado el príncipe de Cellamare, persona hábil, y reservada, que tenía la ambicion de poner sobre unas mismas sienes, la corona de España y la de Francia. Atento á todo, sabia el nombre y número de los descontentos de París, y de los de la Bretaña; alistaba de oculto oficiales enemigos del regente, y cuando se hubo asegurado bien de que la duquesa de Maine, acogería con los brazos abiertos todo su plan, le propuso que entrara en una gran conspiracion, que pondría al rey de España á la cabeza del gobierno de Francia, y al duque de Maine para representar á S. M. C. Tal fué el principio de aquella conspiracion, que no interrumpió ninguna de las fiestas que se daban en el palacio de la princesa. No se hablaba sino de las diversiones de Sceaux, conciertos, charadas, comedias, bailes, y modas. En aquel tumulto habría sido muy difícil encontrar á la señorita de Launay, la que se hallaba sepultada en un entresuelo, sin luz y tan bajo, que tocaba el techo con la cabeza. Ocupábase en la costura blanca, y todos la llamaban *la torpe*, porque estaba tan turbada, que cuanto mas se empeñaba en hacerlo todo bien, peor lo llevaba á cabo. Un día que le daba agua para beber á la princesa, se echó el agua sobre su vestido; otra vez que le presentaba la caja de polvo, dejó caer la caja, ó ya olvidaba una mancha en la camisa, y si era menester sacar del joyero el collar de la princesa, tiraba per-

las y pedrerías. Todo iba mal. Tenia tambien frio, estaba triste, contestaba con desagrado á las compañeras, era aficionada á leer, y las otras la turbaban en su lectura. Era preciso agrada á una, no desagradar á otra, visitar las desocupadas, hacerles una especie de corte, y entretenerse en los juegos que les agradasen. ¿Pero qué mas diremos? era tan desgraciada en aquel palacio lleno de esplendores, que habría salido de él para no volver mas, si no hubiese hallado sobre su mesa una esquelita anónima y con letra fingida, cuyo autor hubo ella muy pronto adivinado, y en la que se leia: «Tenga vd. paciencia y bastante valor, porque la están observando. Recuerdan los felices tiempos en que vd. no se hallaba á las órdenes de nadie, y en que mandaba y no obedecía.» Por espacio de dos ó tres dias, la desconsolada jóven tuvo cierta esperanza, porque creyó que su servidumbre llegara con el tiempo á ser mas ligera, y creia que la princesa había de comprender que tenía á sus órdenes una doncella superior á su clase. Eutretanto hubo un corto acontecimiento que la puso algo en relieve. Al modo del rey Luis XIV, que para sus últimas guerras había sacado grandísimo partido de la creación de los caballeros de San Luis, la duquesa de Maine instituyó la orden de la *Mosca de miel*. Esta orden, igualmente que la del Sancti-Espíritu, tenía sus leyes, sus estatutos y sus caballeros; mas como la galantería era el fondo de la orden, tenía tambien sus *damas*, y al punto que una plaza se hallaba vacante, acudían los pretendientes de ambos sexos: tan ingeniosa es la adulacion. En fin, los derechos de cada cual, se disputaban muy formalmente en un capítulo, cuya presidenta era la duquesa de Maine y Mr. de Malezieu el secretario perpetuo.

Aconteció, pues, que hallándose vacante una plaza, fué pretendida al mismo tiempo por la duquesa de Ozés, por la condesa de Brissac, y por el presidente de Romané. Habiendo éste sido preferido á sus bellas competidoras, todos en el palacio se quejaban de la injusticia, añadiendo que la elección del presidente, era contra todas las leyes de la caballería. En lo mas fuerte de la disputa, apareció una protesta en términos palaciegos y en tono de broma, tal como no la había en la mejor escena de *Los Litigantes*, de Mr. Racine. Al punto empiezan á buscar con gran inquietud á fin de descubrir á quien había de atribuirse aquel resultado. Unos decían: es Mr. de Malezieu; otros: es el abate Genest.

Mr. de Silly, habló muy bajo al oído de la princesa, indicándole por autora á la señorita de Launay.

—¡Ah! dice la princesa, ¿es posible? ¿Tiene Elisa tanto talento?

—Sí, señora, tiene todo ese talento. Es una literata en la buena acepción de la palabra; escribe en prosa y en verso. Convengo en que es muy torpe para dar puntadas, pero arregla muy bien una comedia.

Entonces la princesa con un dedo en el labio, impuso silencio á Mr. de Silly; pero aquella misma noche, dispensaba del servicio en el tocador á la señorita de Launay, y al día siguiente, le daba un buen cuarto en el piso principal con el título de lectora suya. Todos los dependientes de la casa, criticaron aquel ascenso, mas al fin, fueron dejando de ocuparse de él, y la nueva lectora aceptó su reciente fortuna con tanta modestia y buena gracia, que se hizo dispensar.



## IV.

De esta manera marchaban los asuntos en casa del duque de Maine, donde diariamente acudía un nuevo cortesano: hoy era el duque de Brancas, mañana el poeta Chaulieu, muy de moda en aquel tiempo, ó bien el caballero de Bauvray; un poco despues Mr. Davisart, abogado general del parlamento de Tolosa. La aparicion de Mr. Davisart en el palacio de Sceaux, fué un verdadero acontecimiento. No se pasaba día sin que S. A. R. no se encerrara tres ó cuatro horas con aquel nuevo consejero peligrosísimo, y como estaban redactando juntos una protestacion misteriosa, de la cual nada se traslucía en el castillo, llegó un momento en que la princesa y su consejero, quisieron tener un secretario íntimo. Despues de una larga vacilacion, fué elegida la señorita de Launay; llevaba la pluma, escribía los discursos de ambas partes, tanto las pruebas, como las objeciones; á veces iba ella misma á las bibliotecas, ó á casa de los historiadores de profesion, como Mr. Boivin, el mayor, y el presbítero Le Camus, preguntando discretamente á estas personas que tenían grandes conocimientos. De este modo cada día, agregaba una página á esos *resultados* de que se alegraban mucho el príncipe de Cellamare, y el cardenal Alberoni. Poco despues, cuando la duquesa se hubo persuadido al fin, de que todo aquel trabajo era inútil, y que se hacia indispensable renunciar al beneficio del testamento de Luis XIV, dió oídos á los rumores que le venían de España. No temió mucho someterse al cardenal Alberoni, que estaba de acuerdo con el príncipe de Cellamare. Comenzó escribiendo con tinta simpática cartas peligrosas, para lo que la señorita de Launay, le sirvió perfectamente. Primero escribía una carta con tinta comun, donde daban toda especie de noticias corrientes, y despues entre renglones hablaban de los asuntos que comprometían. Todo esto era el a b c de la mas vulgar diplomacia, y mientras que tales secretos de poca monta, no pasaron mas adelante, el regente se cuidaba poco de ellos. Con corta diferencia, sabía lo que pasaba en el palacio de Sceaux, y cuales eran sus malas disposiciones, hacía la regencia; mas como el príncipe regente tenía la fuerza y el buen derecho, abandonaba á sí misma la conspiracion. Esta fué gran desgracia para la duquesa de Maine. Durmióse en una seguridad que debía perderla, y si casualmente la señorita de Launay le suplicaba que tuviese mas prudencia, no hacia sino reírse, y con gusto hubiese dicho como todos los conspiradores, á quienes se avisa que tengan precaucion: *esto es muy pronto concluido*, ó bien: *no se atreverán*. Debe tenerse presente que el primer ministro, que será muy pronto el cardenal Dubois, tenía ya noticia de aquella conspiracion. Era la habilidad misma y la prudencia personificada. Estaba ya seguro de que un día ú otro, tendría en sus manos á aquella desdenosa princesa que lo abrumaba con desprecios. Todas aquellas personas imprudentes, caminaban riéndose sobre cenizas que escondían un verdadero volcan; se entretenían unas con otras hablando de aquellas aventuras, cuya importancia apenas conocían, y el rayo que debía abrasarlos, los encontró completamente dormidos.

Uno de los secretarios del embajador de España, era cierto jóven aturrido y falto de capacidad, dedicado por entero á los placeres de sus cortos años. Una noche que era aguardado para cenar en una de esas casas abiertas, para

los ociosos de París, refirió que habia estado ocupado todo el día en copiar despachos que debían salir aquella noche, y como estaba cansado de su tarea, no pensó ya sino en beber, jugar y divertirse. Mas cierta persona de la casa, una mujer, recogió aquellas imprudentes palabras, y las hizo participar al regente. Este mandó salir detrás del correo de la embajada, con órden de apoderarse de sus despachos, y aquel correo que no se daba prisa, fué detenido en Poitiers. Se apoderaron del capote y de la maleta, mandándole que continuara su camino; pero este hombre tan celoso como imprudente, habia sido el secretario, volvió á París por unos senderos y caminó tan de prisa, que llegó á casa del príncipe de Cellamare mucho antes que los encargados del regente hubiesen vuelto al Palacio Real. Aunque eran las cuatro de la mañana, el regente estaba todavía cenando, y mientras cenaba no habia asunto de Estado de importancia tal, que mereciese distraerlo. Gustábase el ingenio, la gracia, y la alegría del discurso; trabajaba con satisfacción todo el día, con tal que la noche perteneciera á sus placeres; y gracias á este culpable abandono, el príncipe de Cellamare tuvo tiempo para avisar á los principales cómplices de su conspiracion. No obstante, habiendo llegado la mañana, el embajador de España fué detenido en su palacio por los guardias de corps del rey; sus papeles fueron tomados por órden del ministro, y corriendo la nueva de París á Sceaux, la duquesa de Maine, supo al fin los peligros que la rodeaban. Estaba jugando al biribí, su juego favorito, cuando oyó contar por un testigo llegado de la corte, aquellas historias de personas encerradas en la Bastilla, de papeles cogidos y de gente comprometida, cuya cabeza corría riesgo; mas la desventurada tuvo todavía fuerza para sonreírse. Poco despues supo que Argenson y Leblanc, dos personas rígidas, estaban encargadas de preguntar á los acusados. A media noche fué avisada la duquesa de que indudablemente sería arrestada con el duque su marido, y que su doncella de compañía, estaba comprometida. Continuaba riéndose sin poder creer nada serio, porque se imaginaba que aquella conspiracion era un juego de niños. Entretanto la señorita de Launay, continuaba junto á la duquesa, y habiéndose dormido, fué despertada por un golpe dado á su puerta, y por una voz desconocida que decia: *Abra vd. de órden del rey*. Se levanta y abre, despues de avisar á la duquesa. En aquel momento la casa estaba llena de tiradores y de guardias, á las órdenes del duque de Bethune, capitán de las guardias, acompañado con Mr. de La Billarderie, su segundo. Sin muchas ceremonias, anunciaron á la duquesa de Maine, que tenían órden de ponerla en paraje seguro, y la hicieron subir en un carruaje de alquiler. Fué conducida á Dijon, mientras que el duque de Maine, inocente en todas aquellas intrigas, era encerrado en la ciudadela de Doullens, en Picardía. ¡Ah! ¡qué caída y en que abismos se habían precipitado aquellos favoritos de la fortuna! ¡Quién le hubiera indicado á Luis XIV, que á sus queridísimos hijos, la alegría y el orgullo de su vejez, los habian de tratar tan poco despues de su muerte, como verdaderos criminales!

Al mismo tiempo todos los amigos de la princesa, y todos sus confidentes fueron arrestados. Mr. de Malezieu y su hijo, Mr. Davisart, el presbítero Le Camus, dos ayudas de cámara y cuatro lacayos, fueron puestos en las prisiones de Estado; el cardenal de Polignac fué desterrado á Flandes;



la joven princesa, la misma hija de los duques de Maine, fué encerrada en el convento de la Visitacion, en Chaillot. He aquí toda una casa dispersa, y toda su grandeza aniquilada. Provisionalmente y con centinela de vista, fué detenida en su cuarto la señorita de Launay, á quien su custodio le dijo por compasion:

—Señorita, este secuestro es extraño, y no presagia nada bueno. Parece que vd. es una de las personas mas comprometidas. Vd. creame, coma algo, y cobre fuerzas de que necesitará mucho, porque no espero nada bueno.

Aquel hombre terrible, tenia una cara grande y ojos siniestros, y se parecia mucho á un verdugo de ejecuciones secretas.

Entretanto, la señorita de Launay, no perdió todo el valor, y tres ó cuatro horas despues que todos hubieron salido, un oficial de guardias de corps vino á llevársela y la condujo en un carruaje á la Bastilla. Esta famosa prision de Estado, que debia caer antes de sesenta años, entre las manos del pueblo de París, y desaparecer en un cerrar de ojos como un castillo de nubes, era entonces una potencia formidable. Solamente con el nombre de Bastilla las mas elevadas cabezas se inclinaban, y los corazones mas valerosos, eran sobrecogidos de indecible horror. Aquellas viejas torres, construidas por los antiguos tiranos, se elevaban amenazadoras entre fosos llenos de cenagosa agua, y referíanse en voz baja, mil sangrientas historias de aquellos calabozos sin luz y sin fondo. Eran las diez de la noche, el tiempo estaba nublado, y el barrio de San Antonio, cuyo despertar debia ser muy terrible en 1791, acababa de dormirse bajo las fatigas del dia. En el final del puente levadizo, estaba aguardando la señorita de Launay que vinieran á llevársela, y cuando al fin le llegó su turno de entrar en la prision, la hicieron atravesar por unos pasillos guardados con puertas de hierro. En aquellos largos corredores, se oian los lamentos de los presos recién venidos, que no estaban habituados á vivir en semejante casa. En fin, habiendo subido á los pisos altos, fué introducida en una horrorosa habitacion donde todo faltaba, lumbre, muebles, luz, y asco; el único mueble, era una silla y un cabo de vela puesto en la pared: todas las personas que la habian acompañado, desaparecieron al ruido de aquellas puertas que se cerraban. Tres horas despues, volvieron estas á abrirse; el gobernador se presentó otra vez trayendo consigo la criada de la señorita de Launay, y entonces el cuarto quedó adornado con una camita, un sillón, dos sillas, una mesa, una hortería, un jarro de agua y un jergón para la criada. «¡Ah! dice: Elisa, descansará muy mal en esa cama.» Pero le contestan. «Estas son las camas que da el rey.» Despues las presas se acostaron sin cenar. Inútilmente querian dormir; pero cada cuarto de hora, las despertaba el sonido de una campana, y semejante hábito era uno de los mas crueles de la Bastilla.

Habiendo llegado el dia, tanto el ama como la criada, tuvieron gran empeño en limpiar el cuarto, y en quemar uno de los dos haces de leña que el rey les concedia diariamente. Una caja de cerillas en medio del campo, produciria casi tanto efecto como estos *haces del rey* en aquella inmensa chimenea, enrejada y llena de barrotes como una ventana. En la primera llamarada de la lumbre, la señorita de Launay, triunfante de gozo, quemó un papel que habia escondido de la vista de los comisarios; era una carta escrita toda de puño y letra del caballero de Silly al cardenal Al-

beroni. Este papel, si hubiese caído en manos de Mr. de Argenson, habria sido la sentencia de muerte de Mr. de Silly. Ahora quedaba informarle que dicho papel se habia inutilizado. «¡Dios proveerá!» decia para sí la señorita de Launay.

Estuvo incomunicada de siete á ocho dias, al cabo de los cuales el gobernador le hizo una visita, y habiéndola hallado muy alegre, le refirió muchas anécdotas, y acabó por prestarle varias novelas destrozadas de Scudery. Eran novelas interminables, compuestas espresamente, segun decian, para los moradores de la Bastilla. Las primeras horas de prision son larguísimas, pero poco á poco, se va acostumbrando el preso. Muy en breve se habitúa á esos ruidos tan diferentes; conoce el centinela que entra y el que sale, sabe cuando hay un nuevo preso y cuando se va. Por la noche si muere alguno, por mas que los carceleros hagan, se oye el ruido del fétetro. Tambien es gran ocupacion leer en la pared escritos con carbon los nombres de tantos desgraciados, como han vivido bajo aquellas fúnebres bóvedas. En una de aquellas paredes, habian sido escritos con carbon hacia poco tiempo los primeros cantos de la Enriada, por mano hábil y delicada, y no obstante tan enérgica como mano guerrera, por el joven Aronnet, quien al salir de la Bastilla, fué presentado al regente que le prometió su proteccion:

—Aceptaré, le dice, todos los beneficios de vuestra A. R., únicamente prescindiendo del alojamiento que me ha estado dando.

Cuando quedaron presos todos los conspiradores, entonces comenzó su causa. Todos los dias de la semana, Mr. de Argenson, y Mr. Leblanc, cargados con interrogatorios, llegaban acompañados del abate Dubois. Hubiérase creído ver á Minos, á Eaco, y á Radamanto, los tres jueces del averno. Lo que hacian y lo que decian, lo ignoraban los presos, y no obstante, siempre se traslucía algo. Gran inquietud era para la señorita de Launay el presentarse, cuando le llegara su hora, con la cofia y cuello blancos, y fué su gran ocupacion tratar de lavar aquella poca de ropa. Por lo que esperimentó gran alegría al recibir todo su equipo, que se lo enviaba un amigo de fuera, el presbítero Chaulieu, el poeta. Habian prescindiendo de ella y olvidádola, pero él la tuvo presente y envió á la Bastilla hasta un bote de arbol. ¡Ah! ¡qué buena acogida tuvo semejante arbol! pues la señorita de Launay, temia palidecer con las miradas de Mr. Argenson.

Al fin, á los tres meses la hizo éste comparecer.

—Quítese vd. el guante, dijo, y alze la mano.

Tenia bonita mano y la alzó con gusto, jurando decir la verdad, y prometiéndose absolutamente no hablar demasiado. Entonces comenzó el interrogatorio. Querian saber por que velaba ella hasta tan tarde en la cabecera de la cama de la duquesa de Maine. Contestó que era para dormirla.

—¿Por qué se habian hallado tantos libros en su cuarto?

Contestó que era porque tenia mucha aficion á la lectura.

—¿Por qué en el mismo habia tanto papel destrozado.

Eran bagaetas que habia compuesto, y de las cuales no volvia á acordarse.

En seguida fué vuelta á llevar á su habitacion, y algo mas tranquila, halló que su estado era bastante benigno, pensando bien. Ciertamente es que se hallaba presa, pero estaba libre de las violencias, caprichos, y voluntariedades de su complaciente señora; habia roto el yugo de las murmuraciones.



ciones que formaban el tormento de su vida; de su criada hizo una amiga, y tenía por compañía una preciosa gata que el gobernador le dió. Cuando llegaba la noche, no tenía precision de fingir ni de jugar á las cartas, y se acostaba cuando quería dormir.

Esta conspiracion de Cellamare, que hubiera hecho caer varias cabezas bajo la inexorable hacha del cardenal de Richelieu, fué muy pronto entre las benévolas manos del regente una empresa bastante ridícula, y acomodada mas bien para dar que hablar á los ociosos, que para ocupar á los

hombres de Estado. El regente se contentó con una nueva humillacion impuesta á los príncipes legitimados, y cuando le referian las vociferaciones de la duquesa de Maine, se reía á su placer, aceptando los padecimientos de la princesa, en compensacion de los desaires que ésta le habia hecho sufrir, en los salones de Mad. de Maintenon. Además, en esa frívola Francia, no incomoda mudar todos los dias de héroes y de aventuras, y al cabo de tres meses, cualquiera que hubiese hablado de los conspiradores en una tertulia de París, habria sido considerado como un necio; y aun en la misma



Palacio de Seaux, en 1718, segun un grabado de la Biblioteca Nacional de Paris.—Dibujo de Delannoy.

Bastilla el juez instructor, llegó á no preguntar á los presos nada mas que por fórmula. Dejábales ya á estos toda especie de libertades desacostumbradas en aquel sitio: se paseaban diariamente por las azoteas de las torres, y sus amigos que pasaban por las inmediaciones, los saludaban con el gesto y con la vista. Poco despues, aquellos presos, tan numerosos al principio, fueron saliendo unos tras otros: hoy Mr. de Malezieu el hijo, mañana Mr. Bargeton; mas tarde todavia, recordaba Elisa que hacia ya seis meses vinieron á buscar á Mr. de Silly, y que el ingrato habia salido

olvidando despedirse de aquella humilde amiga, y sin sospechar que acaso salvara ésta su cabeza quemando el documento mas comprometedor de la causa. Mas ¿qué diremos? Despues de tantas angustias é inquietudes, la señorita de Launay quedó sola en la Bastilla, y sin comprender apenas como la menos culpable era detenida, cuando la indulgencia y el perdon se habian estendido sobre todos sus cómplices. Es cosa estraña, y no obstante verdadera, que al punto que el riesgo ha desaparecido en un negocio de Estado, el cautiverio se hace insoportable. Tanto celo y ardor



como el preso tenía por salvar su vida, tan inerte queda en la actualidad, al preguntarle cuando acabará su cautiverio. Recuerda con pesar las penosas horas del interrogatorio, el aspecto del juez y aun los rumores, siempre llenos de sangrientas amenazas.

Tal es el preso, aun cuando sea en la misma Bastilla. La señorita de Launay pudo proporcionarse algunas sustracciones en esta prision. Tenia libros, sabia todas las novedades corrientes, y se informaba de todas las producciones de los teatros de la corte. Frente á la ventana de su cuarto, habia otra de la habitacion del duque de Richelieu. Este jóven, en la flor de su vida, y leon de la jóven corte, se habia metido como un atolondrado, y por el vano placer de una novelaria que le pareció de gran atractivo, en la conspiracion de Cellamare, y poco faltó para que su aturdimiento le costara caro. Pero era menester librar del verdugo al último heredero del cardenal de Richelieu. Era el favorito del jóven rey, y el ornamento de la corte; sus dichos, sus aventuras, y su juventud, en fin, todo clamaba en su favor. Mas la Bastilla le era insoportable, y solia distraerse cantando en voz alta, mejor que lo hubiese ejecutado al famoso Lambert, la ópera de *Ifigenia*.

Iba llegando el otoño, y espesísimas nubes caian desde lo alto de las torres, cuando Mr. de Richelieu salió de la Bastilla como gran triunfo. Una hija del regente, se echó á los pies de su padre pidiéndole el perdon del jóven, y S. A. R. tuvo á bien acceder. La marcha de este alegre vecino, fué nuevo aburrimiento para la señorita de Launay, y mas entristecida en proporcion que el invierno se hallaba mas próximo y la soledad era mas profunda, escribió á Mr. Leblanc, la siguiente esquela.

«Caballero: no son la impaciencia ni el aburrimiento los que me obligan á importunarle á vd. Mi único motivo es la justa aprension de que una persona tan oscura como yo, sea totalmente olvidada. Este temor se halla mucho mas fundado, siendo poco verosímil, que los motivos de mi prision los tenga vd. presentes; pues me lisonjeo de que son tan pocos notables como mi persona. Movida por semejante opinion, me veo en una especie de necesidad de recordarle que á fines del año 1719, entré en la Bastilla, donde permanezco en la actualidad. Cuando yo sepa, caballero, que vd. se acuerda de mí, entonces descansare en su equidad, y en su benévolo carácter, satisfecha, en cualquier estado en que me encuentre, con obedecer á las leyes que se me impongan, y con respetar el poder soberano, por medio de una voluntaria sumision á sus órdenes.»

Escrita la anterior carta, aguardó su voluntad, ó al menos la esperanza de verse libre, pero no vió nada sino el sombrío y amenazador invierno. Elisa se hallaba apurando su valor. Llega un tiempo en que las horas se cuentan por años; la ilusion se hace imposible; ya no se puede leer ni dormir, y cada día es un largo suplicio; mas no obstante, el cautiverio de la jóven lectora, era una diversion, comparada con la residencia de la duquesa de Maine en la ciudadela donde estaba encerrada. Hallábase sola, y completamente ignorante de la suerte de todos los suyos; no tenia una distraccion, ni recibia una carta, y esta amable princesa, feliz, respecto á los dotes de entendimiento, veíase reducida á suplicar á Mr. Leblanc, casi con las mismas expresiones que la señorita de Launay empleaba para sí misma. Mas cuando la duquesa de Maine fué puesta en libertad,

y se le permitió volver á su casa de Sceaux, la prision de Elisa no podia prolongarse mas. En un principio la princesa se halló muy aislada en aquellos parajes, privados de su antiguo esplendor; pues la desgracia es contagiosa, y entre todos aquellos cortesanos ansiosos por complacerla, acudió cortísimo número. Mas en lo sucesivo no hubo ya fiestas, ni comedias, ni hermosas noches pasadas al sonido de las músicas. Pagaron muy cara su libertad; porque el regente era persona compasiva, pero que no queria verse espuesto á las violentas recriminaciones de sus enemigos, como no pudo sacar nada de los principales cómplices de la conspiracion, y la señorita de Launay, que la sabia perfectamente como secretaria íntima de la princesa, se negaba del todo á hablar, el regente, decimos, exigió de la principal acusada, una confesion completa de su crimen, y olvidándolo todo, firmó cuanto querian. Así, pues, la princesa perdió en semejante paso mucha consideracion, y su marido algo de su propio honor. Conservó éste con tal motivo tan gran resentimiento, que por largo espacio de tiempo, se negó á volver á su casa de Sceaux. Todas aquellas confesiones, recaian sobre la señorita de Launay, á quien Mr. Leblanc estrechaba mas cada día, porque deseaba obtener de la confidente una confesion á que se habia sometido su ama, é indignábase de que una criada tuviese mas valor y mas honor que todas aquellas señoras y caballeros, demasiado ansiosos por comprar su libertad con miserables bajezas.

Pero mientras el público, buen juez en todas las materias razonables, condenaba en voz alta la conducta de aquellos conspiradores tan poco constantes consigo mismos, todas las miradas, digámoslo mejor, todos los respetos se dirigian hácia la jóven lectora. «¡Ah! decian, ahí hay una que no cede á las amenazas, y que sostiene lo que dijo en un principio.» Tal es la omnipotencia de los elogios populares, que traspasan los mas profundos fosos, y penetran en las mas altas ciudadelas. En medio de su soledad, tenia la señorita de Launay como un presentimiento de la admiracion de que era objeto legítimo, y hallábase muy valerosa para resistir á las violencias. Por consiguiente, ni las amenazas de un cautiverio sin fin, ni la esperanza de una próxima libertad, ni los trabajos y molestias de la prision, que casi siempre acaban por dominar las mas firmes voluntades, pudieron hacer sucumbir aquel gran valor, y la presa fué mas fuerte que sus carceleros.

Al cabo de seis meses todavía de aquella valerosa resistencia, vió abrírsele las puertas de la Bastilla, y muy alegre y contenta, emprendió en un carruaje público el camino del palacio de Sceaux. Así como habia entrado en la Bastilla con gran ceremonia, acusada y cómplice de un crimen de Estado, igualmente era ahora una mujer comun, y nadie hubiese dicho al verla el gran papel que habia desempeñado en aquella tragedia ilustre, donde las cabezas mas elevadas habian corrido un peligro verdadero. ¡Con qué placer respiraba en aquel instante el aire puro de la libertad! ¡Qué dicha la de volver á hallar la conversacion y las caras comunes, en un carruaje de todos! A cada paso se preguntaba la jóven á sí misma: «¿Qué dirá mi princesa, y cómo me recibirá?» Llega al fin, la puerta está abierta; entra y le dicen que la princesa está paseándose por los jardines. Acude en seguida. La señora iba medio tendida en una carretela, y viendo llegar á aquella confidente tan fiel, la única que no habia hecho traicion á su secreto, le dice: «¡Ah! vd. aquí;



cuánto me alegro!» Esto fue lo único que oyó la señorita de Launay, sin mas explicacion ni recompensa, y solo con una corta sonrisa. Al día siguiente volvió á ocuparse en su humilde servicio de leer, velar, y jugar con S. A., y poco faltó para que la jóven no sintiera la paz y sosiego de su prision. Aquellos señores de otra época, *estos hijos de los dioses*, segun decia La Bruyere, se imaginaban que la gente del pueblo era muy dichosa con servirlos, y que recibia su recompensa en este mismo servicio. La señorita de Launay habia traído de la Bastilla en muy mal estado su ropa blanca y vestidos; pero su princesa no pensó en reemplazar aquel equipo destrozado en la prision. La señorita de Launay comprendió que en lo sucesivo no debia aguardar nada sino de sí misma, y muy decidida á salir de aquel cautiverio disfrazado, se fué á visitar á sus amigos de París, y entre otros á Mr. de Chaulieu, que habitaba en el Temple y á Mr. Dacier, que vivia en una buhardilla del palacio del Louvre. Mas ¡ay! del amable poeta, del amigo de las mujeres doctas, de Mr. de Chaulieu, cuyas dulces canciones habian sido la distraccion y encanto de todas las personas alegres, la señorita de Launay no encontró sino el férreo, como lo llevaban á las bóvedas de los antiguos caballeros del Temple. Dentro de poco tiempo en la torre del Temple, habitará todo cuanto queda de la monarquia y grandezas de Luis XIV, el rey, la reina y el delfin, la princesa real, y Mad. Isabel, nobles cabezas esperadas por el verdugo, condenadas al destierro, y alligadas con la ferocidad del zapatero Simon.

Así que la jóven hubo encomendado á Dios á Mr. de Chaulieu, este constante amigo de su juventud, que le permaneció fiel aun en las tristes horas de la Bastilla, se dirigió á casa de Mr. Dacier.... En aquel intervalo, habia perdido éste su ilustre y digna esposa, cuyo nombre ha quedado entre las supremas glorias del agonizante siglo de Luis XIV, Mad. Dacier, elocuente y raro talento, aficionada á las obras clásicas, y fiel intérprete de la antigüedad. Como hija de Homero, tradujo perfectísimamente la *Iliada* y la *Odisea*, y su traduccion sin rival no ha sido superada. Entre los escritores latinos, tradujo á Terencio y Plauto, y si Mr. Dacier puso su nombre en la traduccion de Horacio, fué ayudado grandemente por aquella activa compañera de sus trabajos.

A pesar de su profundo dolor, y muy penetrado de la irreparable pérdida que habia tenido, aconteció que Mr. Dacier halló en la señorita de Launay tanta gracia é ingenio, y cierta semejanza con la mujer que habia perdido, que envió á Mr. de Valincourt, amigo de ambos, para pedir á esta jóven perfecta, que es como la llamaba, el honor de enlazarse con ella. Mr. Dacier pertenecía á las dos Academias; era célebre, muy rico, y todavia jóven; y la señorita de Launay, á quien la prision habia hecho formal, y á quien la desgracia le enseñara la resignacion y la prudencia, aceptó la mano que se le ofrecia, aunque poniendo una condicion á semejante enlace, y era el consentimiento de la duquesa de Maine, esperando que esta princesa no hallaria obstáculo alguno. Creia la jóven que no recibiria una negativa, pero calculaba mal. A la primera indicacion que acerca de éste casamiento le hacen, esclama la princesa fuera de sí, que no podria pasarse sin los servicios y cuidados de su lectora y confidenta; que no quiere que su secreto se sepa fuera de su casa, y que, además, promete ocuparse de la suerte de la señorita de Launay. Inútilmente Mr. de Valincourt, y los

amigos de la señorita de Launay, manifestaron á ésta el nombre de Mr. Dacier, su ilustracion, su caudal, y todo el bien que podia hacer á su nueva esposa, añadiendo que semejante ocasion, no seria fácil de volver á encontrar; pero la jóven estaba cada vez mas decidida en no oír hablar sobre el asunto, y quedó roto el casamiento.

Entretanto el duque de Maine, despues de haber resistido con todas sus fuerzas al tirano de su vida, habia acabado por regresar á su palacio de Sceaux, donde pasaba una vida retirada y austera; invocando en su auxilio la oracion, y hallando gran fuerza en acordarse de las lecciones de Mad. de Maintenon, y de los piadosos ejemplos de Luis XIV. Este desgraciado príncipe, el duque de Maine, cuya infancia y juventud habian corrido en medio de una abundancia infinita, y en una inmensa prosperidad, parecidas á las fábulas, despues de haber pasado en el último período por todas aquellas pruebas de una interminable humillacion, se vió acometido de un mal sin remedio, y que se aumentaba cada día. Una lepra horrorosa á la vista, se fué extendiendo poco á poco por su cara, y muy pronto fué imposible contemplarla sin repugnancia. Cuanto mas se aumentaba la enfermedad, mas en la sombra y en la soledad se abismaba el príncipe, y ahora tambien la señorita de Launay, valerosa sobre todas, fué la enfermera y consoladora de este desgraciado. Lloraba con él, rezaba con él, oía sus quejas, y aun solia traerle á la memoria sus buenos tiempos, cuando el palacio de Versailles resplandecía con todas sus grandezas. El príncipe, no obstante lo abatido que se veia, habia conservado un corazon reconocido y afectuoso, y cuando se vió próximo á su última hora, declaró que antes de morir deseaba establecer á la señorita de Launay. Pero en el entretanto, Mr. Dacier habia fallecido y Mr. de Silly, quien á veces sentia al parecer su conducta pasada para con Elisa, habia dejado tan mal recuerdo, que esta no queria oír hablar de él. Por último, cuando el duque de Maine hubo buscado con empeño una recompensa para su enfermera, fijó la vista en un oficial de su casa, persona de bien, de median talento, y de escaso caudal. Pasaba de los cincuenta años, y siempre habia vivido con su espada; con una reducida quinta en Gonesse, una casa muy bonita, un rebaño de carneros, gran aficion á la vida del campo, y un ánimo tranquilo; tenia todo lo que constituye un hombre sencillo, y sin otra ambicion que la de llegar á ser capitán de una compañía de los guardias suizos, de la que hacia mucho tiempo era teniente. Y la señorita de Launay se hallaba ya tan cansada con las muchas alternativas y revoluciones del palacio de Sceaux, que con gusto aceptó la mano de aquel hombre de bien, encargándose de pedir para su dote, el despacho de capitán, cuyas funciones desempeñaba su futuro dos años habia. Ahora tambien fué preciso hablarle á la duquesa, implorar su favor, y hacerle admitir las proposiciones de aquel anciano oficial, persona muy juiciosa y muy prudente que deseaba casarse, pero á condicion de que anticipadamente se le ascenderia al grado que anhelaba. Al fin, y como tambien lo exigia el duque de Maine, la princesa aceptó este casamiento; dió su beneplácito, y el duque de Maine, habiendo conseguido el despacho de capitán, para el baron de Staal, dió á la desposada una hermosa caja de tabaco, un magnífico vestido, y su mano á besar. Mr. de Staal ofreció en recompensa al duque, un cordero de su cabana. Casáronse, por último, y muy en breve se retiraron á



su quinta, de las inmediaciones de París. Debajo de aquellas modestas sombras, y en unas praderas cuyo límite era muy estrecho, junto aquel esposo que no sabía sino referir las insignificantes campañas en que había estado, y los cortos acontecimientos de que había sido testigo, la señorita de Launay, tranquila y resignada, escribió las Memorias de su vida. En esta empresa demasiado arriesgada, tuvo gran empeño en no mostrar sino los lados hermosos; porque deseaba aparecer amable, á fin, de dejar buen recuerdo de sí misma, y de su paso por este mundo. No obstante, hemos encontrado un retrato que había escrito con su mano, y que la muestra casi como era, no habiendo llegado todavía la hora en que emprendiera escribir sus propias confesiones exactamente, y sin omitir nada, aunque no hasta el punto de acarrearle la vergüenza y el desprecio. No se leerán sin interés los párrafos siguientes:

«La señorita de Launay, es de mediana estatura, muy delgada, y desagradable á primera vista. Su carácter y talento, son como su presencia; no hay en ellos nada ridículo, pero tampoco nada simpático. Su desgracia ha contribuido mucho á ensalzarla. La preocupacion que hay de que las personas de humilde cuna, y de cortos bienes, carecen de educacion, hace que se les agradezca lo poco que valgan; no obstante, la señorita de Launay ha recibido una excelente educacion, y justamente de ella ha sacado lo que tiene de bueno, los principios de virtud, los elevados sentimientos, y los rectos caminos de una conducta exacta, que el hábito en seguirlos, le ha hecho fáciles y naturales. Su locura ha sido siempre la de querer dominar por la lógica y por la razon; y al modo que las mujeres que se sienten el cuerpo oprimido, se imaginan estar de hermoso talle, la señorita de Launay habiéndole incomodado su razon, ha creído tener mucha. Sin embargo, nunca ha podido dominar la fogosidad de su carácter, ni sujetarlo al menos á cierta apariencia de igualdad, lo que frecuentemente la ha hecho desagradable á sus amos, incómoda en la sociedad, y del todo insufrible á las personas de su dependencia. Felizmente la fortuna no la ha puesto en estado de envolver á muchas en tal desgracia. Con todos estos defectos, no ha dejado de adquirir verdadera reputacion, que únicamente debe á dos ocasiones fortuitas: una puso de manifiesto el talento que podía tener, y otra hizo notar en ella cierta firmeza y discrecion. Siendo muy notorios semejante acontecimientos, la han dado á conocer á ella misma, á pesar de la oscuridad en que su condicion la colocara, y le han atraído una consideracion superior á su estado. Ha tenido empeño en no ser ya vana; pero es una vanidad la satisfaccion misma que tiene por creerse exenta de este vicio.

«Ha invertido su vida en ocupaciones serias, mas bien para fortalecer en razon que para adornar su entendimiento, del que hace poco caso. Ninguna opinion se presenta á su mente con bastante claridad para aficionarse á ella, y que no esté tan dispuesta para rechazarla como para admitirla; lo cual hace que apenas dispute á no ser por humorada. Ha leído muchísimo y, sin embargo, no sabe sino lo que es menester para oír lo que dicen sobre cualquier materia, y para no hablar disparates. Ha procurado con esmero conocer sus obligaciones, y las ha respetado sacrificando sus gustos. A causa de la poca complacencia que tiene consigo misma, se ha considerado autorizada para no tenerla con nadie, en lo cual sigue su inflexible carácter, que su si-

tuacion ha suavizado algo, sin hacerle perder su vigor

«El amor á la libertad es su pasion dominante, pasion desgraciadísima en ella, que ha pasado la mayor parte de la vida en la servidumbre; por lo que su estado le ha sido siempre insufrible, á pesar de los inesperados goces que ha podido encontrar.

«Siempre ha sido muy sensible á la amistad, aunque mas movida por el mérito y virtud de sus amigos que por sus sentimientos hacía ella, y usa indulgencia cuando no hacen sino faltarle, con tal que no se falten á sí mismos.»

A la verdad, este retrato no es adulator, pero es sencillo y verdadero, y nos muestra claramente aquella recta y hábil persona que se halló mezclada en grandes acontecimientos, dominados por su elevado valor, y por la sagacidad de su ingenio. Por una inesperada dicha, el éxito de la Vida y Memorias de Mad. de Staal, y la fama de talento que ha dejado, la hicieron confundir á cincuenta años de distancia con uno de los mayores genios de los principios del imperio francés, con la baronesa de Stael, la iustre autora de *Corina*, y de las *Consideraciones sobre la Revolucion francesa*. Feliz confusion, que no podrá atentar á la gloria de Mad. de Stael, y que arroja grandísima y muy conveniente claridad sobre la memoria de Mad. de Staal, que diariamente se va aminorando y borrándose.

## LA IGLESIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD,

EN MEJICO.

En 1526, los sastres establecidos en Méjico, obtuvieron de los alcaldes de la ciudad cristiana, un terreno en el que fundaron una ermita y un lugar de refugio para los pobres pertenecientes á su profesion, á los que las circunstancias no habian favorecido, ó para aquellos que locamente se habian puesto al servicio de los compañeros de Cortés. Era necesario vestir magníficamente á todos aquellos conquistadores saciados de oro, pero que, como el don Juan de Byron, pagaban muy mal sus deudas.

Se levantó una pequeña iglesia, y al cabo de algunos años una hermandad la adoptó, dándole el nombre de la *Santísima Trinidad*. En 1568, una viuda, llamada doña Francisca, se fué con sus cinco hijas á pedir asilo á la ermita de la *Santísima*, donde fundó, no un convento, sino lo que entonces se llamaba un *beaterio*. Esta viuda tenia tanto caudal como devocion; compró varias posesiones adyacentes, y el arzobispo de Méjico tuvo á bien consentirle que en la ermita de los desventurados sastres, que habian transformado en elegantes á aquellos terribles héroes apellidados Alvarado, Sandoval, ú Olid, se estableciese una congregacion de beatas que muy pronto se convirtieron en clarisas.

La iglesia es de los primeros años del siglo XIII. Estaban arruinadas las construcciones de la piadosa institucion primitiva, cuando la congregacion de San Pedro, que sucedió á las clarisas, se halló demasiado estrecha, é hizo la adquisicion de nuevos terrenos.

Los trabajos de la iglesia no comenzaron hasta 1755. Este edificio se construyó segun el estilo estravagante, conocido en Méjico con el nombre espresivo de *churrigueresco*, tomado de su inventor el arquitecto español Churriguera.





Fachada occidental de la iglesia de la Sma. Trinidad, en Méjico, dibujada por Lancelot, segun una fotografia de M. D. Charnay.  
**SEGUNDA SERIE.—1864.** AÑO XXII. 36



Este, segun se ve, se habia formado un estilo especial, que positivamente no es digno de gran elogio; pero que se identificaba de admirable modo con el gusto de las poblaciones mistas, cuyas estrañas imaginaciones era necesario interesar. Para apoyarlo en su obra, tuvo que acudir á don Antonio José Narvaez. La iglesia de la *Santisima*, fué inaugurada el 17 de febrero de 1783. Un siglo lo mas despues de los primeros trabajos, un temblor de tierra, arruinó tan completamente el edificio, que fué menester cerrar la iglesia á los fieles; mas en virtud del celo del hábil é instruido eclesiástico, don Pablo Torres Vidal, todo quedó muy en breve reparado y concluido.

La nave de la iglesia, mide 25 1/2 varas de largo y 14 de ancho, y tiene 21 en la parte ocupada por el crucero. Se le calculan 41 varas de alto hasta la linternilla. Se estiende de Oriente á Occidente. La portada de la lámina, mira á Oeste. En la parte central de la iglesia, hay un bajo-relieve de muy dudoso gusto, que representa la Trinidad con las insignias que recuerdan al apóstol San Pedro, bajo cuya denominacion, existe la congregacion actual.

### CONSIDERACIONES GENERALES

## SOBRE EL TEATRO.

#### SU INFLUENCIA EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

##### I.

Si el progreso material de un pueblo está en razon directa de sus riquezas comerciales, de sus adelantos fabriles, de sus bellezas artísticas, de sus productos agrícolas é industriales, el desarrollo de su inteligencia no debe mirarse simplemente como un adorno ó un aconterimiento literario, sino como un suceso social que puede verificar una revolucion en las instituciones y en las ideas, y que llevando en sí un influjo eminentemente moral y civilizador, viene á ser la sávia que hace fructificar las ramas del árbol social, y el alma que da vida á ese gran cuerpo que se llama pueblo. Y el teatro es, sin duda alguna, uno de los principales órganos de la civilizacion, ya se le considere bajo las doctrinas del paganismo inspirando á los pueblos á vencer en Marathon y Salamina, ó sellar con su sangre los desfiladeros de las Termópilas, ya bajo el cristianismo, enseñando al pueblo á practicar la virtud y haciendo girar ante su vista el magnífico panorama de la vida real, donde brillan confundidos el amor y la gloria, la fé y la amistad, inspirando á las naciones la ambicion de su independendencia, á los pueblos el amor á su libertad, y á los individuos el horror á la esclavitud.

En vano se ha intentado aminorar la importancia del teatro y su influencia en las costumbres de los pueblos: pueden los moralistas sistemáticos y los filósofos declamadores predicar una moral segun sus ideas; pueden otros desde el púlpito ó desde el reducido espacio de una cátedra atraer la atencion de su auditorio é impresionar la imaginacion con las doctrinas consagradas por una moral sencilla y severa, pero su fruto será muy escaso, aunque su papel es quizá el mas hermoso y mas difícil de desempeñar: será

muy escaso, repetimos, porque á mas de la variedad de inteligencias, de la frivolidad de unas, y la poca penetracion de otras, es sumamente difícil apoderarse de los ánimos cuando no se presentan las doctrinas de un modo tal, que puedan insinuarse indistintamente en todos los corazones ó impresionar todas las almas; además de que una cosa escrita ó declamada tiene que hacer necesariamente un papel secundario. Por el contrario, preséntese el pensamiento en un drama; hágase vivir á los personajes y adórnense las escenas con el talento del genio, y se tendrá la vara mágica que haga conmover todos los ánimos, impresionar todos los corazones y hacer que fructifiquen las semillas que se pretenden sembrar, porque lo maravilloso á todos cautiva. Hasta fines del siglo XVII la idea moral estaba unida á la idea religiosa; pero la revolucion que se vino operando en las inteligencias desde el siglo XV, hizo que la libertad del pensamiento, retenido en un círculo limitado, rompiese las trabas que lo oprimian y revolviere hasta en sus últimas profundidades la masa de las instituciones y de las ideas: desde entonces ya no es la moral patrimonio esclusivo de la cátedra y del púlpito, y el teatro reasumió en sí muchas de las aspiraciones filantrópicas de los moralistas. Echemos una rápida ojeada desde el origen del teatro hasta nuestros días, y hallaremos la confirmacion de nuestro aserto.

Cuando los pueblos antiguos, dejando su primitivo estado de barbarie, comenzaron á formar pequeñas sociedades, sus costumbres tenian ese sello de timidez que caracteriza á las naciones infantiles cuando no tienen una senda fija por donde encaminarse: su voz bronca y monótona hacia resonar en la soledad de sus bosques vírgenes ó en las faldas de las montañas los cantos de sus fiestas, bailes y ceremonias religiosas; pero luego fué preciso celebrar la intrepidez de los guerreros en los combates y ahogar con los himnos dedicados al vencedor, los lamentos de los vencidos; fué indispensable brindar en los banquetes por la memoria de los héroes y encender el espíritu guerrero de las tribus con la relacion de las hazañas de sus antepasados, y aquellos cantos, pasando de pueblo en pueblo, de generacion en generacion, perpetuaron la memoria de las primitivas razas, viniendo á ser la poesia lírica el solo libro, el único drama donde mas tarde los filósofos y legisladores estudiaron las costumbres y la índole de los pueblos bárbaros, y la primera hoja de la historia del mundo. El nombre de Troya no existiría hoy sin la Iliada, y sin los cantos de Ossian las hazañas y costumbres de las tribus del Norte yacerian sepultadas en el olvido como las montañas de Morvén en sus eternas nieblas.

Pero la tendencia al progreso, encarnada en el hombre desde el instante en que tiene conocimiento de su ser, se comunicó á su pueblo desde que comprendieron que tenian voluntad para obrar y fuerza para conseguir, dos cosas indispensables para formar el poder de la unidad, que es la base de todas las nacionalidades: por eso, cuando su desarrollo material é intelectual fué bastante poderoso para hacerlos caminar desembarazadamente á su perfeccion, la poesia lírica, primera expresion de su espíritu y sus pasiones, no pudo llenar todas las necesidades, ni satisfacer todas las exigencias de una nacion que, desarrollando sus fuerzas físicas y morales, se levantaba al mas alto grado de su mejora social. Pasemos por alto la historia de los egipcios grabada en el granito de sus gigantescas pirámides y obeliscos,